

DOMINGO I DE ADVIENTO

El Adviento evoca una doble venida del Señor. Por una parte nos ayuda a revivir con la liturgia de la Iglesia los días precedentes al nacimiento del Mesías en Belén; por otra nos recuerda que el Señor ha de volver, como ha prometido.

El Adviento se nos presenta como un tiempo de espera. Preparación para recibir a Aquel que ha de venir. Pero es una espera que no puede ser sólo pasiva, sino que requiere de unas disposiciones interiores. La liturgia de este tiempo utiliza el color morado para recordar que es una época penitencial. Aunque la penitencia no tiene la misma intensidad que en la Cuaresma, no debe dejarse de lado.

Y Jesús, en el evangelio, señala: tened cuidado, «no se os embote la mente con el vicio, la bebida y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día».

Un peligro del tiempo de Adviento es que, impropriamente, se anticipan los festejos navideños. Las calles se adornan con luces, y en los escaparates de los comercios aparecen ya signos festivos propios de la Navidad. Muchas veces en las mismas familias se adelantan celebraciones. Espiritualmente eso no es correcto, porque la Iglesia se encuentra en tiempo de espera. Y es muy importante no dejar que el tiempo de este mundo (el que marcan los intereses comerciales u otros motivos) se imponga al tiempo de la Iglesia. La liturgia nos enseña a vivir sincronizados con la Iglesia, y como cristianos hemos de procurar ceñirnos a sus indicaciones.

Para conseguir esto es importante rezar con el salmista: «Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador». Al pedirle a Dios que nos enseñe sus caminos estamos reconociendo que aparecen ante nosotros muchas otras alternativas: son las que ofrece el mundo. Sus caminos están llenos de atractivos y facilidades, pero no son el camino del Señor.

El Adviento nos recuerda que la salvación viene de Dios. El mundo no puede salvarse solo. Los hombres no pueden distraerse con los placeres y diversiones pensando que ya han alcanzado la felicidad. Al contrario, es urgente y necesario que el Señor venga a salvarnos. Y durante estos días hemos de intensificar nuestra oración: «¡Ven Señor, no tardes!».

La Eucaristía nos sitúa en el punto justo de nuestra realidad más evidente. Cristo es la Paz, pero todavía hay guerra. Cristo ha vencido a la muerte, pero seguimos muriendo. Cristo es el Perdón, pero seguimos tentados y cayendo. Cristo es la verdad, pero todavía hay mentira y los cristianos siguen perseguidos, torturados y asesinados. Cristo es misericordia, pero todavía nos cuesta perdonar. Cristo nos da su Amor, pero todavía confundimos el amor con el egoísmo y no amamos siempre y de corazón. Cristo es la Salvación, pero es evidente que todavía no estamos salvados. En cierta manera estamos salvados, pero es evidente que todavía no del todo. No celebramos la Navidad porque el Señor nos ha salvado, sino para que nos salve definitivamente. Ven, Señor Jesús.

Por eso, en cada Misa necesitamos decir: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús.” Y todavía más: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.” Todavía me siento indigno de comulgar, todavía no estoy sano, y pido a Cristo que diga tan solo una palabra, palabra de salvación, de perdón y de vida que dirá al final de mis días y al final de la historia. Ven, Señor Jesús.

Que la solemnidad de la Inmaculada nos obtenga aumento de verdadera conversión y confianza en la misericordia divina.